

# RECUPERACION DE LOS VALORES POLITICOS EUROPEOS

POR

GEORGE USCATESCU

## I

EN las últimas tres centurias, Europa ha asistido a un espléndido florecimiento de las doctrinas y las instituciones políticas. Dentro de la doctrina de los Estados nacionales, el saber político ha alcanzado durante este período una variedad y una sutileza ideológica, en comparación con la cual todo lo que se había pensado y creado en las sociedades anteriores se reduce casi a una serie de esbozos rudimentarios. La trilogía aristotélica de las formas del Estado, la concepción polibiana de los círculos de Gobierno, la doctrina de la Monarquía universal de Dante y del pensamiento medieval, resultan construcciones elementales para el investigador que recorre la trayectoria del pensar político occidental desde Maquiavelo hasta Grocio y Montesquieu, desde Vico hasta Hegel o desde los teóricos de la razón de Estado hasta la concepción mussoliniana del mismo.

A medida que la vida moderna se complicaba bajo el peso de nuevas y nuevas realidades que se asomaban al horizonte histórico, a medida que el hombre europeo adquiría una conciencia cada vez más relevante de su situación en la Historia, el pensamiento político alcanzaba también dimensiones doctrinales destinadas a hacer de

la política una de las manifestaciones más significativas de la cultura europea. Pero en la misma medida en que la política adquiría un lugar predominante en una teoría de la cultura y de las manifestaciones del espíritu se hacía también patente la unidad íntima de destino entre el fenómeno político y el fenómeno espiritual europeo. La política llegó a ser un fenómeno absorbente, en el cual se disolvía el hecho económico, como el hecho cultural, no de una forma arbitraria, en virtud de un puro arte o mecánica de Gobierno, sino de un modo orgánico y decisivo. «Vivimos, efectivamente, una época en que la política, en su sentido máximo, es vida y la vida es política. Todo hombre, quiéralo o no, es miembro de ese acontecer militante, ya como sujeto ya como objeto. No cabe una tercera actitud.» (SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, t. IV, pág. 117.) Por ello la crisis de las formas europeas del espíritu alcanzó al fenómeno político en forma radical, es decir, tanto en sus manifestaciones ideológicas como en sus realidades institucionales. El cambio operado en el hombre y en las formas del espíritu afectó hondamente el hecho político. El fenómeno político europeo moderno había crecido dentro de los marcos nacionales, pero siguiendo una línea unitaria, común. En este, como en otros tantos aspectos, Europa pudo revelarse, esencialmente, según la feliz expresión de Montesquieu, como una «Nation des Nations».

Pero el florecimiento de la política y su invasión en todos los sectores de la vida contribuyó—en virtud de aquella serie de hechos paradójicos y antinómicos que nutren las realidades europeas—a la caída vertical de sus posibilidades doctrinales y de sus instituciones establecidas.

Y, por ello, en este sector se plantea—de una manera quizá más patética y más apremiante que en ningún otro—el problema de una restauración efectiva de los valores.

La crisis actual abarca a todos los valores políticos. Su primer aspecto, y quizá el más grave de todos, es de tipo antropológico. *El «homo politicus» se halla en plena disgregación*, y no se puede concebir una restauración de los valores en este sentido, si no se le coloca otra vez en sus condiciones de componente activo de una comunidad. En segundo lugar, se trata de una completa *disgregación de los fundamentos espirituales de la idea del mando y del poder*. Porque está históricamente comprobado que la idea de mando es, en definitiva, no el resultado de una mecánica coercitiva, sino un hecho espiritual. Otro problema es la *desaparición del principio de la nobleza*, es decir, la idea de una élite. La prueba más patente de que Europa está concluyendo un ciclo histórico y de que sus valores po-

líticos se encuentran en una situación caótica, resalta del hecho de que, allí donde se ha consumado la desaparición de sus élites, aparece, simultáneamente, el fenómeno de las castas, ya que a la vida histórica, como a la naturaleza, le horroriza el vacío. Se vuelve con esto, en definitiva, a unas condiciones de vida social primaria, después de haber atravesado la terrible etapa histórica que Vico definía en su admirable teoría de los ciclos, con la expresión de «la barbarie della riflessione».

De las comunidades nacionales el fenómeno de crisis trasciende a las relaciones entre Estados. Ideas que eran patrimonio de siglos, y algunas veces milenios de experiencia histórica, se están haciendo pedazos. Para el investigador del actual momento político europeo sería sumamente interesante examinar todos los documentos relacionados con el período más optimista de la Historia europea, el período de la Sociedad de las Naciones, a la luz de la situación actual de la comunidad europea. Podrá comprobar, con asombrosa facilidad, a cuán poca cosa se han reducido la idea de *libertad* y *seguridad* de los pueblos, el sentido de *sociedad* y *comunidad internacional*, el concepto de *soberanía*, la *teoría del Estado nacional*, el *principio del equilibrio de fuerzas*. La Historia ha conocido siempre períodos de transición. En definitiva, son los cambios históricos, las crisis, los que han asegurado la dinámica espiritual de nuestro mundo. Pero nunca los ocasos habían causado el vasto sentimiento de desesperación que reina hoy en la conciencia del hombre europeo. Existía siempre la conciencia de que lo viejo, lo caduco, iba a engendrar lo nuevo. Había en ello un sentido de seguridad que nunca había abandonado los espíritus. Ahora, en cambio, la situación es diversa. Hoy este sentimiento, esta confianza en la aparición de lo nuevo no existe ya. Esta situación la pudo vislumbrar, hace ya veinte años, en plena euforia restauradora, una voz profética: «Ya no rigen los mandamientos europeos—dijo—y, en vista de ello, la gente—hombres y pueblos—aprovechan la ocasión para vivir sin imperativos. Porque existían sólo los europeos. No se trata de que—como otras veces ha acontecido—una germinación de normas nuevas desplaza las antiguas y un fervor novísimo absorba en su fuego joven los viejos entusiasmos de menguada temperatura...; pero lo que ahora pasa en Europa es cosa insalubre y extraña. Los mandamientos europeos han perdido vigencia sin que otros se vislumbren en el horizonte» (ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, págs. 195-196.) Y esta situación es tanto más terrible en cuanto nada ni nadie podrá sustituir a Europa, en su función rectora. Pero examinemos, sin ánimo propedéutico, cuáles son los valores indispensables para

que el Continente recobre su equilibrio y su función política. El problema sigue siendo exclusivamente espiritual, ya que es inconcebible una función de mando con amplitud universal si este mando no se funda en un hecho espiritual. El peso del mando político parece haberse desplazado, en forma incontestable, hacia Este y Oeste, y Europa parece ser un simple terreno de choque entre las dos fuerzas mundiales virtualmente en pugna. Pero da la casualidad de que este choque ha de producirse precisamente en Europa, una Europa materialmente en ruinas, ejerciendo una atracción incontenible sobre los grandes contendientes, no en virtud de sus mercados (es evidente que Europa les cuesta o les costará dinero a los dos), sino en virtud de una necesidad íntima de equilibrio espiritual, de una búsqueda febril de estabilidad en las formas e instituciones políticas.

## II

El primer problema que se nos presenta, al plantearse la necesidad de una recuperación en la esfera de los valores primordiales de la política, se refiere al hombre político, a cuyo ocaso asistimos, como decíamos hace poco. El problema del *homo politicus* es, esencialmente, una relación de poder. Es peculiar del poder la particularidad espiritual de la opinión, la simpatía, mientras la violencia, la imposición, la coerción material son sólo sus últimas desviaciones físicas. En el tipo humano político perfecto desempeña un papel decisivo el factor ético de la libertad íntima. El tipo del *homo politicus* en sentido amplio y de psicología política, fué en realidad expresado por Platón, en su *Georgias*, según el siguiente criterio: «Sólo quien obedeciéndose a sí mismo se somete en la propia intimidad al requerimiento del sumo valor, posee las cualidades necesarias para guiar convenientemente a los demás y someterlos al influjo de la propia orientación valorativa.» (Cfr. EDUARD SPRANGER, *Formas de vida*, «Revista de Occidente», 1935, págs. 246-47.) Dentro de la esfera del *homo politicus* se podrían distinguir naturalezas activas y pasivas, ya que tanto la libertad como la subordinación son en realidad otros tantos aspectos de la función de poder. La escala de valores de la idea de mando es variadísima, pero ella descansa siempre en un fundamento espiritual. Entre las formas de poder Max Weber distingue la carismática, la forma de predominio racionalmente fundamentada, y la basada en la tradición. A las formas constitutivas de poder corresponde una determinada tipología que, desde Platón hasta hoy, ha conservado su viabilidad. Entre los tipos de poder Platón distin-

guió el aristocrático y timocrático, oligárquico, democrático y tiránico.

Ahora bien; en la vida de la sociedad actual, a medida que se realiza una descomposición de los imperativos que rigen las relaciones humanas, se produce también una especie de disociación entre el *homo politicus* y el hombre social. La mentalidad política invade todos los rincones de la vida, se disuelve en la masa informe de las aglomeraciones humanas y pierde los elementos psicológicos indispensables para desempeñar la función del poder. El ocaso del *homo politicus* en sentido europeo es el resultado de la pérdida de la idea de mando. Y la pérdida de la idea de mando proviene de una situación espiritual caótica, de la anarquía de los valores del espíritu. Asistimos, en realidad, a la más espantosa esclavitud del hombre. Pero esta esclavitud responde a condiciones que se colocan fuera de la idea de mando y de poder. Es una esclavitud mecánica, exterior, que aniquila todo sentido de jerarquía política, y el hombre, sometido al yugo implacable de la vida y a las necesidades modernas de la técnica, se siente en realidad un evadido de las normas y ha perdido el sentimiento de subordinación y obediencia. No se puede mandar si no existe, en el ánimo de los hombres, un fondo de adhesión espiritual, una manifestación de opinión, así como no se puede gobernar sin tener presente la ley de la opinión pública, que es una especie de «ley de la gravitación histórica» (ORTEGA Y GASSET). Y es típico de nuestra época precisamente la desaparición de un principio fecundo de la opinión pública. Vivimos, por tanto, en pleno vacío de mando. Es éste, indudablemente, un momento crucial. Si es verdad que la vida histórica aborrece el vacío, la recuperación de los valores espirituales de la idea de mando se impone en virtud de una necesidad orgánica. En ningún rincón del universo habitado y socialmente organizado podrá reinar, desde ahora en adelante, cuando los valores sociales y políticos europeos han penetrado por doquiera, una situación de equilibrio fecundo, si esta restauración de los valores políticos del hombre europeo no se produce. Pero para ello será necesaria una honda rebelión de las élites contra el principio de la masa, el restablecimiento de una nobleza europea auténtica, con hondas raíces espirituales. Tanto más en cuanto es imposible formular una definición y una teoría del hombre actual fuera de la idea del Estado, es decir, fuera de la forma de la sociedad correspondiente a las condiciones de la vida moderna. Para Platón la naturaleza humana se parece a un texto difícil e ilegible. Es menester del filósofo aclarar este texto y no es posible ofrecer una teoría satisfactoria del hombre hasta que no se haya desarrollado una

teoría del Estado. «La naturaleza del hombre se halla escrita con letras mayúsculas en la naturaleza del Estado.» (Cfr. ERNST CASSIRER, *Antropología filosófica*, «Fondo de Cult. Econ.», Méjico, 1945, páginas 125-26.) De aquí la imperiosa necesidad de colocar otra vez en su situación histórica al hombre político.

El segundo problema que se plantea es, como decimos, el de la descomposición de los postulados espirituales de la idea de mando y de poder. Vivimos, desde este punto de vista, en plena paradoja. La política penetra en todos los rincones de la vida, la invade, pero el agnosticismo político se apodera de los hombres, a medida que la política se convierte en patrimonio de las masas. El hombre político se ha transformado en gente que no opina, y «sin opiniones la convivencia humana es el caos, menos aún : la nada histórica» (Ortega y Gasset). De este modo nos hallamos en plena crisis de mando, a pesar de las características cada vez más tiránicas, más «autoritarias», de las formas de gobierno. La inestabilidad que reina en el mundo de las formas políticas no es mecánica, a saber : no consiste en la ausencia de los grupos de mando, en la falta de los medios coercitivos de los detentadores del poder, sino en la ausencia de un principio orgánico de opinión, es decir, la fuerza espiritual que justifica siempre, en cualquier régimen, la idea de mando. Desacreditada la idea de mando en la esfera de las comunidades nacionales europeas, el fenómeno repercute en la vida de la comunidad internacional. La política tiene hoy caracteres mundiales. Es decir, se hace una política orgánicamente mundial o no se hace ninguna.

Aparentemente el mundo está en vísperas de realizar el Imperio Universal, pero en realidad nunca se había encontrado el mundo menos preparado que ahora para acatar a un solo mando. Y el principio del mando universal y único, sólo dentro del paisaje europeo podrá recobrar su vigencia operante. Porque ni Nueva York, ni Moscú podrán desempeñar este papel, ya que no son, según la expresión proféticamente formulada por Ortega hace veinte años, otra cosa que «fenómenos de *camouflage histórico* de lo europeo, que carecen de mandamientos. El hombre europeo tiene necesariamente que volver a mandar, no por pura exhibición o por necesidad retórica, sino por la sencilla razón de que si no manda él no manda nadie. Si el europeo se habitúa a no mandar él, bastarán generación y media para que el viejo Continente, y tras él el mundo todo, caiga en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y en la barbarie omnímoda. Sólo la ilusión del Imperio y la disciplina de responsabilidad que ella inspira pueden mantener en tensión las almas de Occidente». (ORTEGA Y GASSET : *La rebelión de las masas*, pág. 206.)

### III

Asistimos, dentro de este marco tétrico de hechos crepusculares, a la desaparición del principio de la nobleza en la vida y la sociedad europeas. La cuestión de la nobleza ya no es una cuestión social. No es una aristocracia social la que falta al ambiente europeo, sino la existencia de un principio de autenticidad en los mejores. Socialmente perdura un germen de principio aristocrático dentro de la actual organización del cuerpo político europeo. Es cierto que los antiguos privilegios han desaparecido. En un instante han ido sepultándose instituciones medievales, realidades del mundo liberal o realidades forjadas en el torbellino de los últimos hechos revolucionarios europeos. Pero éste es vacío que se llena siempre en virtud de un proceso mecánico. Se hace «tabla rasa» de todo, y en lugar de las antiguas *clases* aparecen nuevas *castas*. Pero a las castas les falta un principio espiritual auténtico que las informe. Prevemos una larga época de anarquía espiritual, consecuencia de la invasión del principio-masa en nuestra jerarquía de valores, en que, sobre el paisaje desolado de la sociedad europea, se perfilará la figura implacable del hombre que encarna este espíritu de casta, sin otra herencia histórica que la fuerza de las máquinas que pondrá en movimiento. «La clase—dice Spengler—es lo más vivo que existe: es la cultura en marcha, es «forma acunada» que se desenvuelve viviendo. La casta, en cambio, es lo definitivamente concluso; es el tiempo del acabamiento como absoluto pretérito.» (*La decadencia de Occidente*, volumen IV, pág. 108.) Por ello, la cuestión no consiste en salvar una minoría sociológica poderosa, sino a los mejores. Y éstos no son «los *bien dotados* que podrían seleccionarse, ni *tipos raciales* que pudieran fijarse antropológicamente, ni siquiera *hombres geniales* capaces de crear obras extraordinarias, sino, entre todos, *aquellos que son ellos mismos*.» (JASPERS: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Labor, 1933, pág. 189.) Es ésta una exigencia terriblemente difícil en una época en que el espíritu de masa ha aniquilado la autenticidad, que es el presupuesto de la nobleza. Es verdaderamente desalentador comprobar hasta qué punto las constantes del principio-masa se han apoderado de las minorías políticas y cómo la personalidad de los caudillos de la lucha política se halla identificada con los impulsos de las multitudes informes. Es imperiosa, pues, la pregunta de si la época actual se presta para una revalorización del hombre auténtico, condición imprescindible para la creación de una

minoría directora en el sentido válido y fecundo del término, como clase política con capacidad de mando. Para que esta revaloración tenga lugar es necesario que el hombre actual haga apelación a sí mismo, a sus propias fuerzas espirituales en este choque inédito de mundos y de situaciones. Es éste un sector de la vida en que toda apelación a formas y realidades pretéritas resulta infecunda.

A la destrucción de la humanidad política la acompaña, naturalmente, la muerte de las instituciones políticas europeas. En plena estadolatría, en la culminación de las formas colectivistas de la vida política, presenciamos, de hecho, una profunda crisis de la idea del Estado. Vivimos la hora en que la oposición entre la dirección social y la dirección política de la historia ha llegado a su punto culminante, y en un choque sordo, pero de una violencia interior jamás experimentada hasta ahora entre las ideas sociales y las ideas políticas, han reducido la concepción del Estado a formas groseras e inestables. Ninguna fórmula tiene ya vigencia. La disputa entre las doctrinas conocidas pertenece a un mundo de fantasmas. El Estado liberal no puede resucitar, porque también la Historia ha adquirido un ritmo que no admite retrocesos. El Estado marxista no puede imponerse porque se funda en postulados y contradicciones monstruosas que tienden a convertirlo en un nuevo Leviathan. El Estado en que se basó la experiencia nacionalista totalitaria ha muerto también en medio de la derrota y de los compromisos revolucionarios. Jamás ha tenido el Continente, en esta como en tantas otras materias, una necesidad más apremiante de orientación doctrinaria, de la voz preanunciadora de las formas del mañana, aquellas formas que se están forjando siguiendo las venas subterráneas de nuestra vida colectiva. ¿Quién es el profeta que nos anticipe las formas del Estado europeo del mañana? ¿Quién es capaz de leer en nuestro horizonte histórico la nueva estructura social y política de las formaciones estatales europeas, resultado de las guerras totales, las convulsiones totales y la infinita serie de experiencias totalitarias de nuestra vida? El binomio tradicional revolución-reacción, en el cual Joseph de Maistre veía un fenómeno constante en todo hecho revolucionario, se manifiesta en este terreno con una intensidad inédita. Un aire de revolución permanente sopla incesantemente por doquiera, al mismo tiempo que, en los momentos y lugares más inesperados, despuntan las experiencias reaccionarias en las cuales, al lado de las monstruosas formas sociales mecanizadas del siglo XX, sacan sus cabezas vacías de carne y de meollo las instituciones del siglo XV o XVI. Y cuando se trata de que surja alguna idea original, ella se reduce a la forma mezquina de la llamada «sociedad directorial», heredera

tanto de la forma capitalista como de las formas colectivistas. Pero las realidades sociales y políticas marchan, en un ritmo vertiginoso, delante de los hombres en una enloquecedora carrera sin meta y sin paisaje. Alguien llegará a contener esta realidad en un proceso de transubstancialización intelectual. Así y sólo así se podrá volver a un régimen de orden, de estabilización social y política. Mas hay generaciones consagradas a vivir en la anarquía, generaciones socialmente desafortunadas. ¿Será acaso, irremediablemente, nuestra generación una de ellas? ¿Seguirá ella viviendo, a lo largo de muchos años, este fenómeno de subversión de valores que nosotros estamos presenciando en este instante?

#### IV

La crisis orgánica del Estado repercute en formas ensombrecedoras en la vida de la comunidad y sociedad internacional. Durante tres siglos la doctrina occidental luchó por imponer a nuestra mentalidad jurídica la realidad incontrastable del derecho de gentes. Parecía que esta idea había llegado a ser patrimonio de la sociedad occidental. Pero nos damos cuenta que, perdido el equilibrio, ensombrecido el campo ideológico, el llamado derecho de gentes responde más que nunca a la definición que le dió una vez Mirabeau, a saber: el derecho de los poderosos, cuyo cumplimiento se impone al impotente. La política ya no es guerra sin armas, sino guerra con armas, como toda guerra. Con ello ha desaparecido la idea de *libertad y seguridad* de los pueblos, y todo se reduce a puras relaciones de fuerza. En la misma medida se puede hablar de la desaparición del concepto de *soberanía* de los Estados y del principio del equilibrio de fuerzas, dentro de la esfera de la comunidad internacional. A la restauración de las esencias de la idea del Estado corresponde la restauración necesaria de los valores de hombre como ser político. Nuestra época se caracteriza por una entusiasta y simultánea deificación y diabolización del Estado. En realidad es que el Estado está reducido a una pura concepción mecánica. En una época en que las guerras han adquirido la característica no de guerras entre voluntades combativas humanas, sino simplemente guerras entre máquinas en movimiento, es natural que también el Estado haya perdido sus elementos humanos, su alma. No se puede hablar de una concepción orgánica del Estado en una sociedad en que el hombre se transforma cada vez más en un ser apolítico, precisamente en un

instante en que la política ha de ser menester superior. De aquí la confusión entre los frentes de combate dentro de la vida del Estado y en las relaciones entre los Estados. Porque no es la violencia de la lucha entre los varios elementos consagrados en un esfuerzo permanente e implacable a la conquista del poder dentro del Estado, ni el valor combativo entre varias doctrinas y mentalidades dentro del Estado y en las relaciones entre los Estados lo que determina este fenómeno crepuscular, sino la imposibilidad de demarcación de las situaciones de los innumerables bandos en pugna. Así se explica el desolador paisaje en el cual ha desaparecido aquella rica fauna europea que fueron una vez los «hombres de Estado». De aquí la ausencia de una doctrina estatal y de los doctrinarios. Es ésta la esfera en que mayor relieve adquiere la crisis del *homo politicus*.

Maquiavelo pudo decir, hace cuatrocientos años, con verdadero y justo orgullo: «Yo no entiendo nada, ni de la seda, ni de los tejidos de lana, ni de la ganancia, ni de la pérdida; sólo entiendo algo del Estado.»

Al contemplar el triste espectáculo de los cónclaves, el espectacular fracaso de las doctrinas, la esterilidad intelectual de las ideologías en materia de cosas de Estado, se nos impone con carácter de necesidad la reaparición de los hombres que «entiendan algo de Estado».

Todo pronóstico, especialmente todo pronóstico incitante, en materia política resulta estéril por sí mismo si dentro del proceso histórico europeo no aparecen los postulados de una restauración espiritual. La idea de libertad—que es al fin de todo una idea central—no puede encontrar aplicación en la esfera de los sistemas políticos si no adquiere una previa y justa valoración de las almas. Restaurar las formas, las instituciones y valores políticos significa restaurar, ante todo, un sistema de convicciones sin las cuales los valores políticos europeos, que en definitiva son valores de cultura, serían inconcebibles. Pero no se puede emprender en este camino una tarea eficaz si no se recurre a una «acción revolucionaria». Una acción revolucionaria que no podrá encontrar fundamentos en los principios marxistas, pero que al mismo tiempo habrá de tener en cuenta lo que hubo, no revolucionaria, sino históricamente válido en el marxismo. Una acción revolucionaria que recogerá del patético destino del nacionalismo lo que hubo de esencialmente vital en él: la necesidad de salvar el elemento más importante del cuerpo político europeo, la comunidad nacional, de la descomposición. Una acción revolucionaria que pueda sustituir, admitiendo la dialéctica de la historia como un hecho incontrovertible, a la dialéctica deter-

minista y al dogmatismo idealista de la libertad, una dialéctica de la libertad hecha carne, es decir, libertad eficaz.

No se trata de propugnar con ello un nuevo eclecticismo doctrinario, sino de realizar una síntesis fecunda que, teniendo en cuenta las experiencias del pasado, podrá abrir el camino al porvenir. Esta revolución que propugnamos se mantendrá, aunque respondiendo a una necesidad espiritual común a toda la sociedad europea, dentro de la esfera de la comunidad nacional, porque ésta es «la forma de vida organizada en Occidente y, por consiguiente, la verdadera productora de las transformaciones dialécticas de la historia». Pero para esto habría que restituir a la nación, sujeto de las transformaciones históricas, su substancia histórica real, imprimiéndole, al mismo tiempo, una voluntad revolucionaria auténtica.

